

Jorge MORENO ANDRÉS, *El duelo revelado. La vida social de las fotografías familiares de las víctimas del franquismo*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2018, 234 pp. ISBN: 978-84-00-10429-0.

El siglo XX en España ha estado marcado por la guerra civil y la posterior dictadura. Las casi cuatro décadas que conforman este capítulo de nuestra historia contemporánea supusieron un cúmulo de emociones encontradas para las numerosas familias que sufrieron la trágica pérdida de un ser querido o la separación física a causa del exilio o la cárcel. Este complejo entramado ha ido desgranándose a través de aportaciones recientes que, desde distintas perspectivas y disciplinas, han incorporado a sus respectivos análisis fuentes como cartas, diarios, memorias o fotografías. El notable patrimonio documental existente de cada uno de los citados casos ha permitido contar con aproximaciones significativas a una serie de cuestiones que durante un tiempo permanecieron ocultas o silenciadas por parte de sus protagonistas, ya sea de manera deliberada por el temor a sufrir represalias o por el carácter íntimo que presentan. El descenso a esas esferas de la vida familiar es precisamente lo que nos ofrece Jorge Moreno Andrés en *El duelo revelado. La vida social de las fotografías familiares de las víctimas del franquismo*, ya que, a través de una excelente galería de imágenes producidas al margen del fuerte aparato de la dictadura, nos transporta a esas emotivas realidades que, por diferentes circunstancias, resultan menos conocidas.

Los usos de la fotografía como fuente documental están más que probados a la luz de las numerosas investigaciones que desde hace ya varias décadas se han ido publicando y, en el caso de la obra que aquí se reseña, la mezcla con claros tintes antropológicos termina por dotar al estudio de una interesante singularidad. En esta ocasión, las imágenes le sirven al autor para conocer mejor las impresiones de quienes experimentaron de cerca la vida de los contextos carcelarios durante la dictadura, la memoria familiar de aquellos que habían perdido la vida de manera violenta o los lazos de comunicación que se establecieron entre quienes permanecieron en España y sus seres queridos que marcharon al exilio.

Al contrario de lo que nos pueda parecer, las 150 fotografías recogidas y analizadas a lo largo de la obra no nos hablan de muerte, sino de permanencia. A pesar del trágico desenlace de muchos de sus protagonistas, gracias a las imágenes, su memoria siguió viva entre quienes las custodiaban con cariño como preciados enseres o quienes decidían situarlas en algún lugar destacado de sus hogares. Precisamente, son esos usos los que destaca el autor en los diferentes capítulos y los que constituyen uno de los aspectos más interesantes de la obra, ya que dotan a las distintas piezas de una historia propia y con una fuerte identidad. El continuado contacto con ellas terminó, en algunos casos, por

desgastarlas hasta el punto de que sus propietarios tuvieron que proceder a recomponerlas, algo que sin duda es una fiel evidencia de la vida afectiva que se enmarca detrás de ellas.

Uno de los puntos fuertes sobre los que se cimenta la obra es el entramado visual al que ha tenido acceso el autor para conformarlo. Tal y como recoge, han sido más de 2.000 las fotografías visualizadas durante el proceso de investigación, la mayor parte de ellas localizadas en España, aunque también en México, Francia, Venezuela o Argelia. A esa cifra de imágenes, pertenecientes a colecciones particulares, debemos sumarle más de 5.000 procedentes de fondos ubicados en instituciones nacionales e internacionales como el *Spanish Refugee Aid* de la Tamiment Library de Nueva York, el Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca, el archivo de la revista *Redención*, el Archivo Histórico del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México o el Archivo General e Histórico de Defensa de Madrid.

A pesar de la notable cifra de piezas consultadas, el volumen final aporta un número limitado de fotografías, ya que como bien señala el autor, ha primado la decisión de aportar pocas imágenes que “pudieran condensar varias narrativas y prácticas” con el fin de detener la mayor atención posible en ellas y desentrañar la compleja realidad que se encuentra tras ellas.

Por otro lado, no menos importante es el trasfondo que se extrae de los testimonios directos relativos a las relaciones que han mantenido los familiares con esas fotografías. Ya se ha adelantado que el periodo abordado estuvo caracterizado por el silencio. Sin embargo, las imágenes nos hablan de historias personales, unas historias que, a su vez, precisan de voz para terminar de ser contadas. Por ello, el trabajo de campo realizado no se ha limitado exclusivamente a la recopilación de material visual y, por el contrario, se completa con interesantes entrevistas mantenidas con los propietarios de tales fotografías. A través de las declaraciones se perciben los matices necesarios y complementarios acerca de cómo esas imágenes han sido vistas por quienes las han custodiado, así como el significado que han ido adquiriendo con el tiempo.

Un elemento común que señala el autor de manera recurrente es el hecho de que esa fotografía no era solo una representación visual del retratado, sino más bien una posibilidad de permanencia una vez que había desaparecido físicamente, muy evidente en lo referente a la separación pero, más aún en el caso de la muerte. En palabras del autor, “el cuerpo es sustituido por una imagen fotográfica ante la que se llora, se lamenta o se aparta a los niños, realizando la misma separación entre adultos y menores que en el ritual normativizado” (p. 45).

La localización y posterior incorporación de estos fondos, así como la inclusión de abundantes ideas derivadas de los testimonios orales dan muestra, sin lugar a duda, de la solvencia con la que el autor lleva a cabo la investigación que presenta, hecho que ve su resultado en el acierto con el que los contenidos son expuestos. En este sentido, la obra queda articulada en cuatro grandes capítulos a través de los cuales se propone al lector un particular recorrido por “alcobas, bolsillos, salones, cementerios, celdas o cajones”, siempre con la huella indeleble de la fotografía.

El primero de ellos, “La fotografía como legado” supone un desplazamiento al interior de los lugares donde se han encontrado muchas de esas fotografías: mesillas, armarios, paredes o cajas de recuerdos conservadas durante décadas. Con el paso del tiempo, las imágenes eran transferidas de una generación a otra y estas adoptaban un nuevo significado para sus nuevos propietarios. Sin embargo, en todos los casos descritos se nos habla de un elemento común: generar la presencia del ausente que, en la mayor parte de los casos, ha muerto de manera violenta.

El segundo de los capítulos, titulado “La fotografía como signo de esperanza”, transporta al lector hasta un contexto muy diferente, las cárceles. Como se puede comprobar a lo largo de las páginas, la ausencia sigue siendo el asunto principal que rodea a las

imágenes mostradas, pero en esta ocasión se encuentra motivada por razones distintas. Esas fotografías establecen un diálogo excepcional entre quienes se encuentran recluidos y sus seres queridos ya que a través de ellas se intenta alentar la esperanza de manera mutua y se busca aliviar el dolor que se vive con motivo de la separación física.

Por su parte, “Fotografía y arraigo” centra la atención en la comunicación entre los exiliados y sus seres queridos durante el tiempo que permanecieron distanciados. En muchas ocasiones la recepción de tales imágenes era la única prueba de vida e incluso el único modo que tenían los nuevos miembros de la familia de conocer el aspecto que tenía su tío o su abuelo, a quien no habían tenido oportunidad de ver en persona.

Finalmente, “La imagen como resurrección” sitúa al lector ya en la democracia, donde las fotografías, que hasta ese momento habían permanecido en el entorno familiar, pasan a estar ubicadas en espacios públicos y adquieren una dimensión patrimonial al ser tratadas como tal. El contexto en el que fueron producidas ha cambiado, sin embargo, las relaciones afectivas que siguen produciendo entre sus propietarios se mantienen firmes, de ahí que de manera ágil el autor cierre el volumen de la misma manera que lo inició, aludiendo a esos mismos sentimientos que provocaban las fotografías entre quienes las custodiaban y las contemplaban.

En definitiva, gracias a la fotografía, Jorge Moreno nos transporta a un mundo fuertemente marcado por el dolor, la tristeza o la ausencia, pero al mismo tiempo, caracterizado por la permanencia y la memoria de quienes fueron separados físicamente por el exilio, el encarcelamiento o la muerte.

José Manuel LÓPEZ TORÁN
Universidad de Castilla-La Mancha
JoseManuel.Lopez@uclm.es